

CAPÍTULO VIII

El Sacrificio de la Eucaristía vaticinado por los Profetas

En repetidos lugares del Viejo Testamento reveló el Señor que los sacrificios mosáicos no sólo dejaban de agradarle sino que le repugnaban en extremo. Principalmente se funda esta verdad de orden teológico en dos poderosas razones. Es la primera que los sacerdotes israelitas osaban presentarse ante el ara del altar con un corazón manchado, detestable y criminal, pues en efecto, fijándose únicamente en el rito exterior, mientras que por una parte engañaban al pueblo haciéndole ver que cumplían las leyes de Moisés, por otra ofrecían al Excelso defectuosas reses, forjándose la triste ilusión de que así quedaban plenamente justificados, cuando, aparte el incumplimiento de la ley que ordenaba ofrecer reses sin defecto, no era posible se justificasen con el sacrificio de toros y machos cabríos, pues ciertamente, lo que justifica es la Sangre de Jesucristo aplicada á las buenas obras de los interesados. Un sentimiento de tanta consideración no podía por menos de ser comunicado al pueblo hebreo, por lo cual el Altísimo lo expresó enérgicamente con estas palabras: «No ofrezcáis más sacrificios en vano. El incienso es abominación para mí... Lavaos, purificaos, apartad de mis ojos la malignidad de vuestros pensamientos, cesad de obrar perversamente: aprended á hacer bien, buscad lo justo, socorred al oprimido, haced

justicia al huérfano, defended á la viuda. Y luego que hayáis hecho esto, venid y acusadme, es decir, quejaos de mí, dice el Señor: entonces, si vuestros pecados fuesen muchos, y como la grana, os los perdonaré todos, y serán vueltos como nieve» (1). La segunda razón que he indicado, se funda en que todos aquellos sacrificios antiguos representaban el de la Nueva Ley, único que nos ha legado Jesucristo, para que podamos ofrecer á su Eterno Padre una víctima digna de Él, capaz de merecer por nosotros y aptísima para atraernos las misericordias del cielo. Desde este punto de vista voy á considerar la labor del presente capítulo.

En el principio de la profecía de Isaías, observamos que dice Dios á los hebreos: (2) «¿De qué me sirve á mí la muchedumbre de vuestros sacrificios? Harto estoy. No quiero holocaustos de carneros, ni sebo de animales gruesos, ni sangre de becerros y de corderos y de machos de cabrío». Y por Amós les dice: (3) «Si me ofreciereis vuestros holocaustos y vuestros dones, no los recibiré, ni miraré á los votos de vuestras grosuras». Lo cual se ve confirmado por el profeta Miqueas, cuando exclama: «¿Qué cosa digna ofreceré al Señor? ¿Por ventura le ofreceré holocaustos y becerros de un año? Pues qué, ¿puede el Señor aplacarse con millares de carneros, ó con muchos millares de gruesos machos de cabrío? ¿ó le ofreceré mi primogénito por mi maldad, ó el fruto de mi vientre, por el pecado de mi alma?» (4).

Enérgicas frases que, según acabamos de observar, no significan otra cosa, sino que Dios estaba cansado de todos los sacrificios mosáicos, porque si cuando eran

(1) Isai. 1, vv. 13, 16, 17, 18.

(2) «Quo mihi multitudinem victimarum vestrarum, dicit Dominus? plenus sum. Holocausta arietum, et adipem pinguium, et sanguinem vitulorum et agnorum, et hircorum nolui. Isai. 1, 11.

(3) Quod si obtuleritis mihi holocaustomata, et munera vestra, non suscipiam, et vota pinguium vestrorum non respiciam. Amos. 5, 22.

(4) Quid dignum offeram Domino? curvabo genu Deo excelso? nunquid offeram ei holocaustomata, et vitulos anniculos? Nunquid placari potest Dominus in millibus arietum, aut in multis millibus hircorum pinguium? nunquid dabo primogenitum meum pro scelere meo, fructum ventris mei pro peccato animæ meæ? Mich. c. 6, vv. 6, 7.

ofrecidos con equidad, le daban una gloria meramente extrínseca, ¡cuánto más le irritarían al ser ofrecidos con aviesas intenciones y con materias impuras! Por el contrario; el sacrificio incruento de Jesucristo, siempre que se ofrece, da á Dios una gloria intrínseca, porque la víctima es el mismo Unigénito Hijo, el cual nunca jamás desagradó, ni puede desagradar á su Eterno Padre. Por eso la suma Verdad exclamaba: «*No quiero más sacrificios de carneros*». ¿Por qué, Señor? La razón es evidente. Otro sacrificio habría, en el cual, el sacrificador y la víctima serían uno mismo, y del que Dios jamás quedaría descontento. Otro sacrificio habría, en el cual, la carne y sangre de su Hijo santísimo se ofrecería por digno holocausto.

La prueba de que por la recusación de estos sacrificios, significaba el Señor la admisión del de la Nueva Ley y el deseo vehemente de que llegase el día de verlo puesto en feliz ejecución, nos la da el mismo Jesucristo, cuando dijo por S. Pablo: (1) Sacrificios, ofrendas y holocaustos por pecados no quisiste, ni te son agradables las cosas que se ofrecen según la ley. Entonces dije: Heme aquí que vengo, para hacer, ¡oh Dios! tu voluntad: quita lo primero, para establecer lo segundo;» es decir: Heme aquí Padre Eterno para hacer tu voluntad, que consiste en que me inmole incruentamente por ministerio de los sacerdotes que estableceré. «Quita lo primero,» á saber: Aparta y borra para siempre esos sacrificios de la antigua Ley. «Para establecer lo segundo,» esto es, para instituir perennemente el sacrificio eucarístico.

Confírmense estas gratas ideas con la sublime profecía de Malaquías, dada á conocer á los judíos 470 años antes de la venida del Salvador; profecía que está llena de grandes misterios. En el primer capítulo les declara el Señor: (2) «*Ofre-*

(1) Hostias, et oblationes et holocaustata, pro peccato noluit, nec placita sunt tibi, quæ secundum legem offeruntur. Tunc dixi: Ecce venio, ut faciam Deus, voluntatem tuam: aufert primum, ut sequens statuatur. Ad Heb. 10, vv. 8, 9.

(2) Offertis super altare meum, panem pollutum, et dicitis: In quo polluimus te? Malach. 1, 7.

céis sobre mi altar pan impuro, y decís: ¿En qué te hemos profanado?» Los corrompidos hebreos solían ofrecer al Señor en sacrificio, reses cojas, ciegas é inútiles, siendo así que Dios las exigía enteras, limpias y sin defecto alguno; por esta razón les afirma el Señor, que ofrecían pan impuro; pero ellos, disimulando malignamente su pecado, le contestan: *¿En qué te hemos profanado?* es decir ¿qué culpa tenemos nosotros de que vengan á nuestras manos esas reses indignas? por lo cual el Señor les respondió añadiendo que con esa misma disculpa que le dan, le deshonran. (1) *¿Quién hay entre vosotros, prosigue el Señor, que cierre las puertas y encienda mi altar de balde? No está mi voluntad en vosotros, dice el Señor de los ejércitos: ni recibiré ofrenda alguna de vuestra mano. Porque desde donde nace el sol, hasta donde se pone, grande es mi nombre entre las gentes, y en todo lugar se sacrifica y ofrece á mi nombre ofrenda pura: porque grande es mi nombre entre las gentes».*

He aquí una ineludible profecía del Sacrificio de la Santa Misa, según afirma expresamente el Concilio de Trento en la sesión 22 y entienden unánimemente los Santos Padres. Expliquémosla por partes. Dice el Señor: *¿Quién hay entre vosotros que encienda mi altar de balde?* A la verdad; aquellos sacerdotes y levitas, cuyo corazón estaba pervertido, no querían practicar cosa alguna por amor de Dios, como era cerrar las puertas del templo, encender las lámparas ó el fuego para quemar las víctimas, sino que ejecutaban todas estas acciones por puro interés y refinada codicia, por eso añade el Señor: «*No está mi voluntad en vosotros ni recibiré ofrendas*»; es decir: Os detesto y abomino. Detesto y abomino vuestras obras, por lo que desecharé vuestro templo, vuestro sacerdocio, vuestros sacrificios y vuestras

(1) ¿Quis est in vobis, qui claudat ostia, et incendat altare meum gratuito? Non est mihi voluntas in vobis, dicit Dominus exercituum: et minus non suscipiam de manu vestra. Ab ortu enim solis usque ad occasum, magnum est nomen meum in gentibus: et in omni loco sacrificatur, et offertur nomini meo oblatio munda: quia magnum est nomen meum in gentibus. Malach. loc. cit.

víctimas, y haré que mi nombre sea reverenciado de los gentiles, porque mi nombre no está circunscripto á vuestro pueblo, sino que desde donde nace el sol, hasta donde se pone, Él es grande; á Él inclinarán su cabeza todos los pueblos del mundo entero.

Lo que de esta profecía sigue, parece adelantarse á la plenitud de los tiempos, en los que empezó á sacrificarse el Cordero Inmaculado, pues así se expresa: «*En todo lugar se sacrifica y ofrece á mi nombre ofrenda pura.*» En todo lugar, es decir: en todas las iglesias de la tierra se sacrifica; pero ¿qué es lo que se sacrifica y ofrece? Una ofrenda pura. ¿Puede existir alguna ofrenda pura por esencia, que convenga á Dios, y sea aceptada por Él? Sí; Jesucristo. He aquí la única ofrenda inmaculada por esencia, pura como el mismo Eterno Padre, porque si sólo Dios Padre es bueno y santo, según afirmó Jesucristo, también lo es el Hijo por gozar los dos de una sola naturaleza divina. ¿Mas conviene esta ofrenda á la dignidad de Dios? Tanto le conviene, que Dios, ni puede exigir, ni aceptar otra víctima de mejor condición, ni se le puede ofrecer otra alguna más bella, más santa, ni más augusta.

A la osada respuesta que los judíos daban al Señor, cuando le presentaban pan impuro, diciendo: «¿*En qué te hemos profanado?*» replica Dios: «*Vosotros lo habéis profanado en eso mismo que decís: La mesa del Señor está contaminada; es cosa vil lo que se pone en ella.*» de lo cual los hebreos solos eran la causa, porque en su libre voluntad estaba el ofrecerle una res sin defecto, por lo que aun, burlándose de Dios, como comenta S. Jerónimo, añaden: (1) «*He aquí el fruto de nuestro trabajo*», á cuyos atrevimientos contesta el Señor: (2) «*Este vuestro trabajo lo envilecisteis, porque de lo robado ofrecisteis la ofrenda. ¿Acaso lo recibiré de vuestra mano?*» He ahí por que les amenaza dicién-

(1) Ecce de labore. Malach. 1. 13.

(2) Exsufflastis illud, et intulistis de rapinis claudum, et languidum, et intulistis munus, ¿nunquid suscipiam illud de manu vestra? Malach. 1. 13.

do: (1) «*Maldito el doloso que tiene en su rebaño un macho sano y haciendo un voto, inmola al Señor uno defectuoso;*» como hizo Caín, que ofrecía lo peor de sus frutos, «*porque Rey grande soy yo, y mi nombre tremendo entre las gentes.*» Rey grande es Dios y como á tal se le debe ofrecer lo mejor que exista; porque si los súbditos presentan á sus príncipes y magnates las mejores dádivas, ¿cuánto más no deberemos nosotros entregar á Dios lo mejor que tengamos? ¿Y no es acaso Jesucristo la mejor ofrenda que podemos presentar al Padre?

En otro pasaje de Isaías se demuestra la providencia de Dios en anunciar al mundo el sacerdocio católico. Refiriéndose á los futuros ministros de Cristo, dice: «*Vosotros seréis llamados sacerdotes del Señor, Ministros de vuestro Dios se os dirá á vosotros;*» (2) y por Jeremías consigna esto mismo, pero con más distinción, puesto que no sólo explica el texto anunciado de Isaías, sino que declara que el sacrificio ha de ser ofrecido por semejantes ministros.

(3) *He aquí, dice, que vienen los días, y cumpliré la palabra buena que hablé á la casa de Israel y á la casa de Judá.*» Después de profetizar la venida de Jesucristo al mundo, añade: (4) «*De los sacerdotes y levitas no parecerá varon en mi presencia que ofrezca holocaustos y encienda sacrificios y degüelle victimas todos los días.*» Este lugar se refiere precisamente á los sacerdotes de Jesucristo, porque como advierte el P. Scio: (5) «*El sacerdocio evangélico será perpetuo; y se ofrecerá sin cesar todos los días hasta el fin del mundo el sacrificio verdadero de la Eucaristía, figurado por los sacrificios de la ley antigua;*» lo cual debe

(1) Maledictus dolosus, qui habet in grege suo masculum, et votum faciens immolat debile Dominum: quia rex magnus ego, et nomen meum horribile in gentibus. Malach 1, 14.

(2) Vos autem sacerdotes Domini vocabimini: Ministri Dei nostri, dicitur vobis. Isai. 61, 6.

(3) Ecce dies venient et suscitabo verbum bonum quod locutus sum ad domum Israel et ad domum Juda.

(4) Et de sacerdotibus et de Levitis non interibit vir á facie mea, qui offerat holocaustomata, et incendat sacrificium, et cœdat victimas omnibus diebus. Jerem. 31, vv. 14, 18.

(5) Coment. in Jerem. c. 34.

ser así, porque según hemos observado en los profetas, y especialmente en Isaías, el Eterno detestaba los holocaustos de carneros; luego si ahora por otro profeta posterior á Isaías, afirma que «*de los sacerdotes y levitas no faltará varón de su presencia que ofrezca holocaustos todos los días,*» y por Malaquías, que, remontándose á la venida de Jesucristo, predice que «*en todo lugar se sacrifica al nombre de Dios ofrenda pura:*» luego estos sacerdotes que sacrifican, no pueden ser los de la antigua ley, sino los de la nueva.

Daniel, que floreció seis siglos antes del Redentor, vaticinó acerca del estado que tendría el sacrificio eucarístico en los últimos años del mundo. Dice así: «*Y desde el tiempo en que fuere quitado el sacrificio perpetuo*» (1). Por este sacrificio perpetuo, entienden los Santos Padres, el del Altar, y entre éstos advierte S. Jerónimo: «*que por la perpetuidad del sacrificio*» (2) se entiende aquí el de la Eucaristía. Esta es pues la perpetuidad, á saber: que en la Iglesia de Cristo, diseminada por todo el orbe, se ofrece este sacrificio todos los días en la Misa, á la manera que antiguamente se ofrecía todos los días el Sacrificio viejo. De donde en la versión griega, por perpetuo se dice «*continuidad ó culto continuo de Dios*». Significa, pues, que como el antecristo será el monarca poderoso de la tierra, quitará el Sacrificio de la Eucaristía, de modo que ninguno se atreverá á ofrecerle públicamente; y por consiguiente extinguirá el culto público de Dios. Así también S. Hipólito (3), S. Ireneo (4) y Teodoreto. Esto lo ejecutará el antecristo, añade Alápide: primero porque exigirá que á él sólo se le ofrezcan sacrificios; segundo para abolir el riquísimo monumento de la pasión y redención de Cristo, que es la Eucaristía, y tercero para privar á los fieles de esta Comida espiritual, la cual les fortalece tan admirablemente en la persecución y tentación. Por cuya razón los fieles celebrarán entonces la

(1) Et a tempore cum ablatum fuerit iuge sacrificium. Daniel 12, 11.

(2) S. Hieron. in Daniel c. 12 v. 11.

(3) Tractat de consumat. seeculi.

(4) Lib. 5 Primas. in c. II Apocalip.

Eucaristía privadamente, en las cavernas y lugares escondidos y allí comulgarán y se prepararán contra el antecristo. (1) Mas ponderemos lo que enseña el Señor por otro profeta: (2) *He ahí que vendrá el tiempo, y haré nueva alianza con la casa de Israel y con la casa de Judá. No según el pacto ó Testamento con los padres de ella en el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto, sino que pondré mi ley en las entrañas de ellos y la escribiré en sus corazones, y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo*. Por las cuales consoladoras palabras se descubre, dice S. Fulgencio, el Nuevo Testamento y el gran Misterio de la Eucaristía que se había de obrar en él, lo cual no carece de fundamento, antes bien, está muy conforme con lo que hemos dicho en otros lugares (3); porque la nueva alianza de que aquí habla el Señor, no se estableció sino por su sangre contenida en el cáliz consagrado, el cual, según las palabras de Cristo, es el cáliz de la Nueva alianza.

Otros profetas como Ezequiel, quien anunció los deseos que el Señor abrigaba por abandonar el templo y las ciudades de los judíos, debido á las continuas rebeldías de éstos, nos advierte que Jesucristo pondría su morada entre nosotros: (4) «*Pondré, dice, mi santificación en medio de ellos para siempre. Y estará mi tabernáculo entre ellos, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Y sabrán las gentes que yo soy el Señor, el santificador de Israel, cuando estuviere mi santificación en medio de ellos perpetuamente.*» Por esta particular santificación entiende Héctor Pinto (5), «*el santo Sacramento de la Eucaristía*», y por el tabernáculo, el templo de los cristianos; para lo cual trae muy bien aquello del Salmo: «*El Altísimo santificó mi tabernáculo*», con la santificación de que aquí habla el profeta; por cuya

(1) Com. in Dan. c. 12. id Alápide.

(2) Jeremías 31, 31.

(3) Epist. ad Diac. Ferrand. núm. 47.

(4) Dabo sanctificationem meam in medio eorum in perpetuum. Et erit tabernaculum meum in eis: et ero eis Deus: et ipsi erunt mihi populus. Et scient gentes quia ego Dominus sanctificator Israel, cum fuerit sanctificatio mea in medio eorum in perpetuum. Ezequiel 37, vv. 26, 27 y 28.

(5) Com. in Ezequiel, c. 37 v. 28.

causa la versión Caldáica dice: «es mi templo», por mi tabernáculo. Sobre las palabras «yo seré su Dios y estaré en medio de ellos», añade Vatablo: (1) «Habitaré con los cristianos en la Iglesia, á semejanza de cuando habitaba con los hebreos en el templo, pero mucho mejor con los cristianos, puesto que con éstos está el Cuerpo y Sangre vivos de Jesucristo; y Turiano, sobre las palabras: «Y sabrán las gentes que yo soy el Señor», afirma que (2) deben acomodarse á la Sagrada Eucaristía por las razones que fijé anteriormente.

Zacarías, sacerdote, según el sentir de muchos intérpretes, empezó á profetizar por los años 516 antes de Jesucristo. Ancho campo tenemos en las predicciones de este profeta, para ocuparnos de la Eucaristía, pues describe detalladamente la venida del Salvador y muchas de las circunstancias de su vida y pasión, como también su reino y sacerdocio. (3) «Da loor, así comienza el capítulo 2.º, y alégrate hija de Sión, porque mira que yo vengo, y moraré en medio de ti, y se allegarán muchas gentes al Señor en aquel día, y serán mi pueblo, y moraré en medio de ti.» Mas en el 8.º capítulo añade: (4) «Esto dice el Señor de los ejércitos: He vuelto á Sión, y moraré en medio de Jerusalén, la ciudad de la verdad y el monte del Señor de los ejércitos, monte santificado». El sentido de estas hermosas profecías es bastante claro; porque las palabras, «moraré en medio de ti» y «el monte del Señor será monte santificado,» ¿qué significan, sino que Jesús Sacramentado había de estar en medio de la Iglesia?, y esta misma Iglesia, figurada por el monte, que había de ser santificada; ¿por quién lo había de ser? Según hemos explicado anteriormente, la Eucaristía es

(1) Habitabo cum Christianis in Ecclesia, uti cum Judæis olim habitabam in templo. Vatab. com.

(2) Com. sup. Ezeq. loc. cit.

(3) Lauda et lætare filia Sion, quia ecce ego venio: et habitabo in medio tui, ait Dominus. Zachar. 2, 10.

(4) Hæc dicit Dominus exercituum: Reversus sum ad Sión, et habitabo in medio Jerusalem: et vocabitur Jerusalem civitas veritatis, et mons Domini exercituum, mons sanctificatus id, 8, 3.

la santificación de la Iglesia; luego las citadas profecías se refieren al Augusto Sacramento.

(1) «En aquel día, añade el mencionado profeta, habrá una fuente abierta para la casa de David y para los moradores de Jerusalén, á fin de que en ella se laven las manchas del pecador.» Este día es el de Viernes Santo en el que fué abierto el costado de Jesús, del cual, como de copiosa fuente, manaron los ríos de la gracia, comunicada por medio de los sacramentos; (2) pero, como asegura S. Alfonso de Ligorio, «la fuente abierta para todos, es Jesucristo en el Sacramento donde, siempre que quisiéremos, podemos lavar nuestras almas de las manchas de leves pecados que cada día cometemos. Cuando cualquiera de nosotros, añade, cae en algún defecto, ¡ah! ¡y qué eficaz remedio es recurrir luego al Santísimo Sacramento!»

Después que el referido profeta, en el capítulo nono, anuncia la venida del Salvador, pasa á declararnos brillantemente cual sea su hermosura y su más rico tesoro; y así exclama: (3) «¿Cuál es el bien del Señor, y cuál es su hermosura, sino el trigo de los escogidos, y el vino que engendra vírgenes?» sobre lo cual dice Alápide: «Completamente á la letra, este trigo, y este vino se entienden de la Eucaristía... Este vino no germina ni produce lujuria, sino castidad; y este trigo de los escogidos, como afirma Nicolás de Lira (4), es el Salvador, quien es el pan que descendió del cielo que confirma el corazón de los elegidos y el vino que engendra vírgenes, del cual beben los que son santos de cuerpo y espíritu; mas por lo que dice que «el vino engendra vírgenes,» quiere expresar que la Sangre de Cristo multiplica las vírgenes de la Iglesia de Dios, las cuales siguen sus huellas. Tan sagrado es este pan que, según

(1) In die illa erit fons patens domui David, et habitantibus Jerusalem in ablutionem peccatoris. Zachar. 13 1.

(2) Visitas al Santísimo, día 20.

(3) Quid enim ejus bonum est, et quid pulchrum ejus, nisi frumentum electorum, et vinum germinans virgines? Zachar. 9, 17.

(4) In Zachar. c. 9, v. 17 Lira.

enseña S. Jerónimo (1), «sólo le comen los que están robustecidos con Cristo», es decir, los que están poseídos de su gracia santificante. Es ciertamente este sagrado texto, uno de los más fuertes del antiguo Testamento, por el que se declara la materia del Sacramento de la Eucaristía, convertida en el Cuerpo y Sangre de Jesucristo. Así Alápide con los Padres de la Iglesia. Admiran, en efecto, las nociones tan completas que los vates hebreos pronosticaron de la Eucaristía. Aquel Señor que se propuso por medio de estas infalibles lenguas, dar á entender al mundo, principalmente á su pueblo escogido, las verdades fundamentales de la Religión Católica, entre muchas que omitió, no dejó de predicar la de la Eucaristía, dando con esto sublime ejemplo de que nos quería constantes en la fe de un Misterio tan elevado.

(1) Hunc panem comedunt qui in Christo robusti sunt. D. Hieron. in Zach. c. 9.

CAPÍTULO IX

La Eucaristía y los Salmos

La grandeza de la Eucaristía y su indecible suavidad pronosticadas por el Real Profeta

David: he aquí el hombre formado según el corazón de Dios, que había de consignar en sus poéticos salmos, las maravillas, las misericordias y las finezas del eterno. Enamorado este santo rey de aquel Señor cuyo nombre es excelso, no respira en sus inspirados escritos otra cosa que suavidad, amor y confianza en su Dios. Perfectamente instruído en el advenimiento del Cristo, lo describe unas veces como Hijo de Dios, otras como revestido de nuestra humana naturaleza; ora como Juez Justo, ora como Redentor del linaje de Adán; ya como cabeza de la Iglesia, ya como humilde miembro de ella; bien orando y suplicando á su Eterno Padre, bien gozándose en la posesión de Dios y suspirando por la bienaventurada mansión. Este es el sentir de los Santos Padres con S. Agustín, el cual, confirmando estas razones, declara que «el Salmista trata á Cristo, unas veces como cabeza de la Iglesia, otras como miembro de ésta y á veces como ambas cosas unidas». Por más que los divinos salmos del vate coronado reconozcan por autor instrumental á David, no obstante, el principal es el Espíritu Santo, que los dictó á aquél. He ahí por que á más del sentido literal que tienen los salmos, poseen el profético y el alegórico, que suelen ser aquí el sentido principal aunque funda-